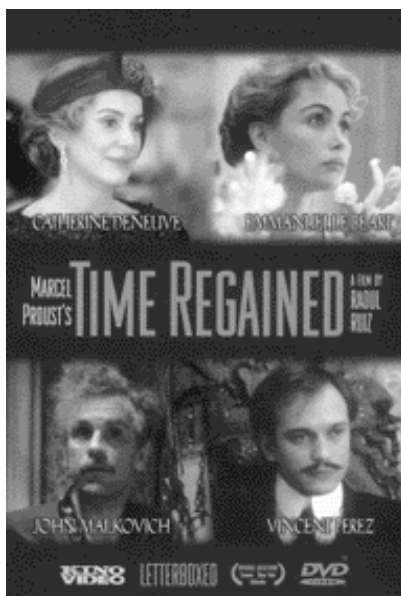


Pantalla de papel: cine y literatura*

Proust en el cine

Mauricio Molina



Marcel Proust



Nadie que haya pasado por la lectura de Proust puede decir que ha salido ileso. Uno de los pocos amigos que tengo alguna vez me dijo que leer a Proust era como entrar a un mundo encantado. Creo que no hay otra forma de describir el asombro que produce la lectura de ese monumento infranqueable que lleva el título de *En busca del tiempo perdido*. La frase se ha vuelto un cliché entre quienes nunca se han acercado a sus páginas. De sus lectores más asiduos conservo algunos recuerdos entrañables, desde el ensayo de Jaime Torres Bodet hasta el recorrido bergsoniano que elabora Gilles Deleuze en *Proust y los signos*, pasando por supuesto por lectores acuciosos como Nabokov o lectores que han hecho de Proust una forma de *joie de vivre*: una lección de vida, como Alain de Botton. Probablemente el lector más cercano a su sensibilidad sea un judío alemán: el

ensayo de Walter Benjamin sobre el autor de *En busca del tiempo perdido* constituye para mí una de las lecturas más sensibles sobre su obra.

Nada más alejado del mundo de Proust como el cine. Nada al mismo tiempo, nos puede provocar a leerlo como los intentos, fracasos al fin, que se han llevado a cabo para traducirlo a un lenguaje cinematográfico.

Vienen a mi mente dos filmes radicalmente opuestos pero inevitables: *Un amor de Swann* de Völker Schlöndorff y *El tiempo recobrado* de Raúl Ruiz. Ambos fallan y ambos dan a su manera en el blanco.

Un amor de Swann, de Schlöndorff, es un filme academicista (como casi todos los del director), apegado al libro y dotado de un reparto que raya en el *miscast*, sobre todo con la inclusión de Jeremy Irons, un actor más bien excéntrico, cuyos papeles más in-

teresantes son los del esquizofrénico u homosexual (*Dead Ringers* y *Madame Butterfly*, de David Cronenberg), o del padre que desea a la mujer de su hijo provocando un desastre monumental en *Damage*, la última obra cinematográfica de Louis Malle. Schlöndorff ha llevado al cine obras monumentales como *El tambor de hojalata* (basada en la novela de Günther Grass), *Homo faber* (basada en la obra de Max Frisch), o la estupenda versión de *Las tribulaciones del estudiante Törless* (basada en la novela de Musil). Y sin embargo el academicismo y la cuadratura de su versión proustiana es lo que le da su originalidad.

En busca del tiempo perdido es acaso la más profunda exploración de los celos que se haya escrito jamás (al menos desde la *Biblia*, ese libro donde su protagonista-redactor se dedica a poner a prueba el amor

de todos sus protagonistas-creaciones, desde Adán hasta Jesús). La idea no es mía: Roland Barthes y Harold Bloom la han expresado en sus ensayos sobre Proust.

Un amor de Swann forma parte del primer libro de la saga proustiana que lleva el título de *Du côté de chez Swann*. En esa noveleta ya están presentes los temas del libro: la fatuidad del enamoramiento, la volatilidad de los sentimientos, la obsesión carcelaria del amor, las relaciones amorosas como una forma simbólica de prostitución, el sadomasoquismo simbólico y real de todas las relaciones amorosas. Swann (Irons) mantiene como su querida a Odette (una espléndida Ornella Mutti), bajo la mirada del siniestro Charles (Alain Delon en uno de sus mejores roles). Obsesionado por la certeza de que Odette tiene otro amor, Swann la persigue, la observa desde lejos, tratando de comprobar lo que en el fondo ya sabe. Para Proust, como para Freud, los celos son el origen y no la consecuencia de la infidelidad: al celar deseamos de algún modo que esa fantasía masoquista se cumpla. El filme de Völker Schlöndorff recrea espléndidamente la aristocrática sociedad francesa y europea del siglo XIX, esa era geológica de nuestra sensibilidad que terminó con la Primera Guerra Mundial.

El tiempo recobrado —libro que cierra *En busca del tiempo perdido*— es el título de la ambiciosa película de Raúl Ruiz, un director de culto francés de origen chileno y que cuenta entre sus obras filmes como *Las tres coronas del capitán* y la reciente *Klimt*, entre muchas otras. *El tiempo recobrado* es antes que una puesta en escena del libro, un ensayocinematográfico sobre Proust, al estilo de lo que Soderbergh hizo, acaso con menos gracia, con su *Kafka*. Ruiz no sólo nos cuenta una historia poliédrica sobre el oca-so y las ilusiones perdidas, sino que también, siguiendo a Bergson (y a Gilles Deleuze), nos hace partícipes de la sensación del paso del tiempo (la *durée* bergsoniana). Echando mano de recursos visuales y técnicos muy originales, Ruiz se las arregla para provocar en el espectador sensaciones similares a las que provoca la lectura de Proust. Elegante y lento por necesidad, el filme de Ruiz es una reflexión sobre la fugacidad del tiempo, el fracaso emocional, las elecciones fatales (“y pensar que he gastado los mejores años



Marcel Proust, manuscritos autógrafos de *En busca del tiempo perdido*

de mi vida con una mujer que no era de mi tipo”, afirma Swann en alguna parte), y la redención a través del arte que plagan los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*. Dotada de un reparto excepcional, que va desde Catherine Deneuve y la espectacular Marcello Mastroianni como Proust o el narrador), la película es un formidable intento por atravesar las barreras históricas que nos separan del universo proustiano y transmitirnos en toda su frescura el medio ambiente que habitan los personajes de su novela, la majestad original de su sutil universo imaginario.

He elegido sólo dos filmes sobre la obra proustiana. A mí me parecen los más interesantes. El academicismo de Schlöndorff (y el aparente *miscast* de Jeremy Irons) no

le impide darnos un espléndido relato, en tanto que el experimentalismo y riesgo de Ruiz, de sustrato más filosófico que técnico, nos provocan a regresar al universo siempre renovado de *En busca del tiempo perdido*, una de las obras crepusculares de la historia de la novela. [U]

* El cine y la novela son dos artes en vías de extinción. Pese a su juventud, el primero asiste hoy a una suerte de reformulación tecnológica: por una parte la digitalización y giro de los efectos especiales como elemento central de la materia fílmica, han transferido el discurso cinematográfico de la película misma a las pantallas de los ordenadores; por otro lado, su inserción cada vez mayor en la pantalla chica o en la red reformulan el ámbito de su recepción y por lo tanto de su interpretación. El caso de la novela es aún más paradójico: la industria editorial se esfuerza por ofrecer a los lectores un producto que nace muerto. Pocas novelas contemporáneas pueden ser tomadas en serio más allá de su carácter eminentemente mercantil. Esta sección busca hacer un homenaje a estas dos formas artísticas y sobre todo al breve romance que han sostenido a lo largo del tiempo.